

pecho al separarse y despedirse del fraile que le asegurara la realización de su empresa, del cosmógrafo que la esclareciera con sus ideas, y sobre todo del hijo de sus entrañas, que le partía en pedazos con sus besos, y con sus lloros y con sus cariños el alma. Pero precisaba descender á la playa por fuerza, y descendió con resolución, arrancándose á brazos que lo retenían en la tierra como las raíces al árbol, cuando iban abriéndose ya las alas de sus velas para conducirlo por el cielo y el mar. Así llegó bien pronto al muelle de Palos, y cuando el alba iba rayando por Oriente, la nao capitana se acercó á recibir con verdadera majestad al nuevo argonauta. La vibración de cuerdas y lonas, el movimiento de tripulaciones y aparejos, el silbato de contra-maestres y el grito de marineros, propios á las preparaciones del zarpar, divulgaron las señales de partida por el aire y atrajeron la gente ribereña, siempre madrugadora, por la costa, en el vivo natural deseo de ver la operación curiosísima y despedir á los expedicionarios, de todos naturalmente amados. Imposible comprender estas despedidas en los pueblos marineros como no se hayan alguna vez presenciado. Las ausencias y separaciones frecuentes en los trabajos marítimos acrecientan el amor en la familia y este acrecentamiento del amor los dolores anejos á las terribles separaciones. Así, mientras los marineros movían el estruendo natural á la ejecución de sus maniobras, oíanse gritos de tiernas despedidas, ayes lanzados por las almas y mal reprimidos por las enronquecidas gargantas, sollozos de mujeres desesperadas acompañados por lloros de niños, los cuales se dolían, sin saber por qué, avisados de un instinto, cuyas revelaciones les decían también cuánto y cómo tenían que llorar ellos en la vida por la tristísima herencia de penas y dolores, en verdad aceptada sin beneficio de inventario. Cuando Colón pasó del esquife á la carabela y se levantaron las áncoras, un escalofrío general recorrió el cuerpo de los tripulantes que se iban y el cuerpo de las personas que los despedían. Al dolor, engendrado por todas las navegaciones, uníase ahora en ésta la incertidum-

bre del resultado, sólo propia para generar la perplejidad en los ánimos, esa perplejidad llena de verdaderas angustias. Sabían de dónde iban; pero así que, tomado el rumbo á Cádiz, y tras Cádiz á Canarias, y tras Canarias al Occidente, dejasen tales islas, recién conquistadas unas, y otras por conquistar todavía, desconocían todos el derrotero que iban á seguir y á dónde llegarían y en cuánto tiempo. La cruz flotaba sobre aquella nao capitana, que iba zarpando hacia lo desconocido, hacia lo ignorado, hacia lo misterioso, quizás todo ello impenetrable, quizás todo ello inaccesible, quizás á la inteligencia humana superior é inaquistable por la humana voluntad, como lo infinito que nos rodea, como la eternidad en que todo se sucede, como el ideal de perfección adonde nos dirigimos de continuo sin llegar jamás, como el más allá de todos los deseos y de todos los afanes y de todos los esfuerzos y de todos los anhelos á que nuestra vida entera se dirige y se alza, volviendo á caer sobre sí misma dentro de su límite y de su lecho, á la manera del mar embravecido y encrespado, que los huracanes del cielo baten y levantan en tormentosas aguas, las cuales como que quieren apagar los astros y luego tornan dentro de su inmenso lecho á caerse y á callarse.

Ya hemos dicho en otra ocasión que la carabela se prestaba, como ningún barco del tiempo, al hercúleo esfuerzo de las exploraciones oceánicas y al hallazgo de los territorios apartados. Harto resistentes y grandes para el fin de contrastar las alteraciones y embates oceánicos, eran también harto ligeras y estrechas para reconocer la desembocadura de los ríos y bogar entre orillas mansamente. Sin embargo, según el sentir de maestros en las artes náuticas, llamábase carabela, por regla general, en tiempo de Colón á todo barco de carga, cualesquiera que fuesen sus dimensiones y su resistencia. «Embarcación de una cubierta, larga y angosta, con un espolón á la proa», dice nuestro Diccionario de Autoridades, al cual consultamos como á un oráculo del idioma nacional, definiendo la palabra carabela. Esta definición

verdaderamente no puede sufrir ningún reparo en su primera fórmula, si hemos de atender á cuanto dicen tratados de náutica escritos con verdadera competencia. Pero cuando el clásico Diccionario añade que tienen las carabelas tres mástiles iguales casi, con tres vergas muy largas y en cada verga su correspondiente vela latina, el reparo surge, pues carabelas llamamos á las tres embarcaciones de la flotilla mandada por Colón y sólo una llevaba la clase de vela indicada por nuestro Diccionario, la más diminuta y frágil, bautizada por ende con el nombre de *Niña*. También el Diccionario de Autoridades castellano riñe luego con los libros clásicos de marinería, cuando asegura que aparecen como de mucho peligro las carabelas, pues á causa de su ligereza vuelcan pronto, si no se cambian con grande celeridad las velas, que son uniformes, mientras maestros en mar, en ciencia y experiencia náuticas, las presentan hoy como resistentes y fortísimas para los menesteres de aquellos tiempos. Ochenta toneladas le reconocen á la carabela colombina los más, y una popa cuadrada concluída por un castillo alto en contraposición al de proa, mucho menor y con velas recuadradas unas y latinas otras generalmente. Sin embargo, la definición de un maestro en estas cosas hace las carabelas mayores que lo generalmente de sus dimensiones creído, y las describe como «de marcha rápida, de construcción sólida, de dos castillos altos á popa y proa, de tres palos verticales y bauprés, aparejo redondo en el mayor trinquete y mesana latina.» Unos dicen que andaban veintiocho leguas en cada veinticuatro horas y dicen otros que andaban hasta setenta y dos. Yo he visto con mis propios ojos en la Biblioteca Colombina las carabelas de Colón perfectamente dibujadas. El descubridor mismo las ha trazado con aquella mano firme, de antiguo hecha, por su oficio, al dibujo de mapas y derroteros y objetos marítimos, con una indudable fidelidad. Hállanse copiadas sobre la primera Década de Angleria, que se conserva entre los libros más preciosos del segundogénito de Colón, su Fernando. La desproporción de

dimensiones entre las naves á primera vista salta y con la desproporción de dimensiones la diversidad completa de aparejos. La *Santa María* excede y aventaja mucho á sus compañeras en forma y en grandeza. El aparejo suyo aparece mucho más complicado que los correspondientes á las otras. Velas cuadradas penden del palo mayor y del palo segundo. Una latina se tiende á popa. La diferencia de altura entre popa y proa muy enorme á la simple vista parece. La *Pinta* en el dibujo resulta una especie de término medio entre la *Santa María* y la *Niña*, más parecida por su arboladura y por su cordaje á la primera que á la segunda. Por fin, la *Niña* se parece mucho á los laúdes pescadores y mercantes de ahora, como que sus latinas velas traen á las mientes aquellas ligerísimas embarcaciones, frecuentes por las aguas del Mediterráneo, cuyas blancas lonas, heridas por los rayos de un sol meridional, aparecen gallardas entre las aguas y los cielos azules, á manera de gaviotas que huellan con las puntas de sus alas aquella superficie luminosa rizada por un oleaje ligerísimo y blando. Desde luego cada embarcación llevaba el número de tripulantes con arreglo á su capacidad y á su importancia. En la nave capitana iban por compañeros del Almirante un maestro, como Juan Cosa, natural de las montañas cantábricas, muy curtido por aquel turbulento mar; un físico de Moguer, maestro Alonso, provisto de todas las experiencias permitidas por los deficientes medios de observación que había en su tiempo; un alguacil mayor de Córdoba; un repostero de los estrados Reales; un paje de corte y un escribano de armada; un judío converso como intérprete; un veedor, llamado así por estar adscrito en las ciudades y villas para reconocer si estaban á ley ú ordenanza conformes las obras de cualquier gremio y oficina de bastimentos. Así, en el segundo libro de los Reales ordenamientos valía veedor lo mismo que visitador; y la voluntad clara del Rey era diputar cada año personas discretas, las que fueran menester, por veedores para que visitasen tierras ó provincias. La *Pinta* llevaba muchos marineros, casi todos naturales de Palos,

mientras algunos tan sólo de Moguer. Por el carácter de las sendas tripulaciones veíase cómo la *Santa María* llevaba el gobierno de todas y la *Pinta* el mayor número posible de marineros muy expertos en cosas anejas á su difícil oficio. En menor número la *Niña*, llevaba una tripulación semejante á la congregada por Martín Alonso Pinzón en la *Pinta*. Contábanse junto á los avezados y expertos en el mar, un cirujano, un platero ensayador, un explorador natural de Irlanda y otro natural de Inglaterra, con varios labriegos y campesinos de regiones adentro extremeños, andaluces, manchegos, y aun castellanos viejos. Verdaderamente, aquellos hombres tenían corazón de acero, y despreciaban la vida con profundo menosprecio, arriesgándose á una expedición semejante. Los marinos anteriores á ellos contaban con advertencias más ó menos ciertas y tradiciones más ó menos seguras que á sus empresas los guiasen. Ulyses, en quien personificó Grecia los trabajos y amarguras del mareante, recorrió un corto espacio; Jason se apartó muy poco del suelo patrio y del hogar paterno; Alejandro mismo recorrió continentes muy conocidos por la geografía de su tiempo y muy estudiados por la ciencia helénica, poniendo sus pies en tierra consistente y sólida; mientras estos marinos españoles á una se lanzaban en los abismos de inexplorado mar, que creía inexplorable la universalidad de las gentes, y por ende imposible la vuelta desde ellos, como veían su ingreso defendido por apocalípticas espadas de ángeles exterminadores, muy semejantes á los puestos por la tradición católica en la postrimer jornada de nuestra cansadísima tierra. Tentar á Dios; llamar al diablo; caer en una sima semejante al infierno; por mar tenebroso extenderse, de plomo derretido quizás compuesto, y en atmósfera caliginosa envuelto, como en paño fúnebre; tropezar con jamás vistos monstruos abortados por satanescos misterios: he ahí cuanto encontraban como aguijón y estímulo y espoleo de su empresa los compañeros de Colón en el momento de zarpar desde sus tierras, tan conocidas y tan amadas, para sumergirse como piedras mágicas

en abismos insondables. Aquel viaje únicamente podía compararse con los viajes fantásticos pintados durante la Edad Media por medio de litúrgicos círculos y esferas de un mundo sobrenatural y diabólico. Todavía Colón llevaba consigo su ciencia, sus adivinaciones, las facultades correlativas con el ministerio que debía desempeñar en la naturaleza y con el fin que había de cumplir en la sociedad y en la historia; el sentimiento interior de su grandeza y la vista certera de una creación que tocaba con sus audaces manos de atrevido explorador y que contemplaba en sus intuiciones milagrosas de inspirado profeta; por lo cual no retrocedía delante de ningún obstáculo, ni desmayaba por contrariedad ninguna, ni hacía caso del sofisma, ni se amedrentaba por las amenazas, ni se retorció en el potro de las calumnias, viendo siempre aquellos mares orlados de perlas, aquellas minas preñadas de metales preciosos, aquellos bosques de canela y otras olorosas especias, aquellas cresterías de brillantes y esmeraldas sobre las cordilleras, aquellos empedrados de plata y aquellos templos de oro macizo, tras todo lo cual iba desalado en alucinaciones, cuya magnética influencia le inspiraban una seguridad en sí mismo y una certidumbre de su obra, del éxito afortunado y del seguro logro, que nos explican su fe vivísima y su esperanza inalterable. Pero ¿qué tenían los compañeros? Únicamente su valor.

---